

EL CONTINUO RETARDISMO DEL URBANISMO

Llevamos demasiados años andando, en un camino plagado de curvas, hacia un urbanismo contemporáneo al que no llegamos, es una transición que se nos hace cada vez más eterna. Como esas ciudades que desde lo alto nos parece tocarlas, pero que la bajada para llegar a ellas, no acaba, y por el camino las perdemos de vista. Seguimos arrastrando herencias antiguas desde los años 50 del siglo pasado, parcheando tendencias que ya se sostienen poco: demasiadas incoherencias y contradicciones, irrealidades e ineficiencias, mientras los “retos” reales de la ciudad, de nuestro ser colectivo, actuales, aumentan: el clima, la desigualdad, la inadministración o no administración, la pérdida de sentido de lo territorial, la falta de jerarquización de los problemas (hacemos graves cosas que no lo son y se nos olvida lo importante), la regeneración de las áreas productivas, la remodelación de nuestros barrios, las políticas de vivienda; incluso la necesidad de impulsar una nueva “revolución espacial” de los equipamientos (sanidad, educación, espacios verdes, cultura) y del espacio de lo rural, que necesitan de una profunda puesta al día y no de ese paulatino vaciamiento al que están siendo sometidos.

Una vez más quiero poner el acento, en que actualmente nuestra civilización colectiva, necesita poner sobre la mesa los retos actuales, no la irrealidad tecnojurídica de unas leyes que viven para sí mismas.

Me gustaría detenerme hoy en dos cuestiones: **el retardismo y la especulación** (no sólo entendida en términos económicos, sino de manipulación, confusión e irrealidad de las ideas urbanas, esa manera de pensar sin ánimo de aplicación práctica, tan fuera de la realidad). Se acumulan las evidencias de que los cambios urbanos que se están produciendo en todo el mundo se están acumulando sin solución, y se comprueba, cómo sus efectos encadenados, están generando una peligrosa espiral de insostenibilidad y desigualdad. Mientras esto ocurre, todo se retarda, encerrados en guerrillas poco útiles.

No quiero que me salga un discurso pesimista, ni que todo sea irremediablemente malo. Entre las buenas noticias cabe destacar que nuestro

conocimiento urbanístico sobre las consecuencias de las crisis sean climática u otras, está avanzando de forma considerable, no sólo en sus repercusiones biológicas, sino también, de salud, de bienestar o de relaciones económicas, aunque no en la implementación de arquitecturas espaciales, ni estructuras jurídico-administrativas, ni económicas, necesarias para reglar la práctica generalizada de modelos reformadores.

Curiosamente, mientras mejoramos en el conocimiento de las afecciones que como colectividad tenemos, perdemos el tono en fortalecer las estructuras físicas (equipamientos, vivienda, barrios o estrategias) que necesitamos para disminuir las ineficiencias. Hoy somos conscientes de los desafíos, pero poco capaces de abordar e implantar mejores espacios igualitarios y democráticos, o al menos, a avanzar en su soluciones. La conciencia de la situación se debilita, ante esta ineficiencia y retardismo.

Como muestran numerosos estudios, la sociedad va entendiendo que dependemos de la biosfera, del cuidado de nuestros entornos, o de los procesos de igualdad, lo que significa que nuestra salud o nuestras relaciones socioeconómicas, tanto en lo individual como en lo colectivo, están vinculadas al resto de personas y a toda la naturaleza. Trabajar en los procesos de multirelaciones no desiguales es prioritario. El sujeto de este concepto de solidaridad y eficiencia espacial es la ordenación y planificación. Tenemos claro que somos profundamente interdependientes, no existen islas, por eso necesitamos el urbanismo para ordenar las interrelaciones eficazmente y solidariamente. Es básico hacer urbanismo real con buena técnica jurídica. A ello apunta la Unión Europea con el Pacto Verde y el Programa de Recuperación, Transformación y Resiliencia Next Generation.

Pero el largo periodo de transición del urbanismo desde la década de los 90 del siglo pasado hasta hoy, no acaba de encontrar una salida contemporánea a estos retos. Las sociedades europeas han descubierto de repente que buena parte de su riqueza, confort y bienestar se la deben a disminuir sus costes o lo que es lo mismo a no valorar los recursos de los otros, ni de lo otro, hacen poco por mejorar la productividad, ordenación, organización, o gobernanza. Es decir, mejor aprovecharse de las desventajas de otros territorios o colectivos (empleo precario, energía barata, apropiación indebida de las plusvalías públicas, desorden en la gestión del agua, abandono del campo, del mundo

rural y de la agricultura...etc). Nos miramos frente al espejo de nuestras contradicciones sin encontrar soluciones, ni motivaciones que nos interesen, afortunadamente nos seguimos interrogando sobre nuestras contradicciones, pero decidimos que mejor retardar la práctica del “urbanismo real”: reformando procesos y modelos.

Esta imagen de ineficiencia del urbanismo, lo hace cada vez más inútil o alejado de la realidad, navegando en un “ideal” imaginado, distópico, pagando las consecuencias de retrasar en exceso las decisiones que necesita abordar con urgencia. De esta manera el urbanismo se ha deslizado hacia políticas alejadas de la realidad, creando un “urbanismo virtual”, sobre la base de unos instrumentos legales poco útiles y unos reglamentos o códigos u ordenanzas, solo aptos para alimentar un urbanismo caduco y tecnocrático. Mientras, lo que se hace es acelerar planes de expansión “puntuales”, “dirigidos”, sin relación con el conjunto, que han cogido otros derroteros, para salir del paso, para resolver intereses poco colectivos, salidas que difícilmente podrán resolver adecuadamente y a tiempo, los déficits que acumulamos de atraso, ni las soluciones que como civilización colectiva necesitamos.

¿Por qué no hacemos antes el abordaje que necesitamos?. Porque el retardismo, que no es otra cosa que una nueva versión del negacionismo, consistente en retrasar los cambios imprescindibles aún a sabiendas de que se incrementa el riesgo, ha impregnado la práctica y la administración del urbanismo. Este ha acabado metiendo la cabeza bajo el ala, haber si así se olvidan de él y desaparece, puede que acabe ocurriendo, los síntomas lo van indicando: menores inversiones en planificación, menos profesionales, menos investigación, menos gestión, menos administración, o se retiran y esconden los retos sin causa que los atiendan. El retardismo triunfa, versión moderna del “vuelva usted mañana” o quite de encima de las mesas de trabajo la ordenación de las colectividades.

Sin urbanismo, sin ordenar las interrelaciones, sin la práctica de la planificación física y su gestión, los intereses particulares tienen campo abierto, mientras los espacios más desiguales o más vulnerables, en medio del desorden, poco pueden avanzar, y otros, retrasan las decisiones porque ven amenazado su estatus. Los espacios más pobres o vaciados o periféricos, no consiguen el demandado plan de compensación de pérdidas y daños por el que

vienen trabajando desde hace décadas. Lo malo es que empezamos a acostumbrarnos a volver de estas citas de desasosiego con sensación de fracaso; y además, esta “decepción”, no está sirviendo de acicate para hacer nuestros deberes, al contrario aumenta el abandono y el retardismo. Y esta dejadez, digámoslo así, está impregnando a las Administraciones, las empresas, los medios de comunicación, los profesionales, o las Universidades.

El segundo gran enemigo es la especulación y las malas prácticas. Cada vez son más clamorosos los movimientos a los que tienden algunas de las propuestas que se ponen sobre la mesa, para escapar, dicen, de este retardismo e ineficiencia, claramente ajenas al interés de las colectividades y más cercanas al desarrollo de macroparques turísticos o tecnológicos o energéticos, cultivando el monofuncionalismo espacial y el gueto (aislamiento), y negando la relación de los espacios entre sí y con los hechos socio-económicos, ambientales y humanos que la sociedad en su conjunto alienta y necesita. En la mayoría de los casos estas propuestas, además, se producen sin informar, dando información falsa o medias verdades, sometiendo a los municipios y a la ciudadanía a chantajes interesados, creando una confusión política e intelectual poco sostenible.

Es imprescindible extremar la pulcritud intelectual para que cada operación urbana cuente no solo con garantías administrativas y ambientales, sino con “licencia social”; es decir, el acuerdo de los lugares donde se instalan, y el análisis de la ordenación de sus efectos. Solo así se conseguirá superar el retardismo y la especulación de la realidad como sistema.

Toca avanzar con firmeza, velocidad y ambición en la transición del urbanismo hacia una nueva reformulación. Y hay que hacerlo rápido y bien. Eso pasa por una planificación diferente, por una práctica más singular y útil, más ambiciosa y menos fantasiosa, aplicar de forma rigurosa leyes más contemporáneas, reglas que aborden problemas reales, hacer bien las cuentas de la sostenibilidad, y frenar la especulación y las malas prácticas.

Vicente Seguí Pérez (economista y urbanista)